



Entra a las calles del pueblo con la carga de leña...

16° El pastor.

El pastor entra por las calles del pueblo con su carga de ramones engavillados y atados sobre las samugas de su caballería.

La gorra le viene de color amontonado como un capirote blanco.

Ni ríe ni llora, con el tapabocas se cubre las orejas, la cara, el cuello y el pecho. La manta lo envuelve con las arrugas convertidas en almacenes de co-pos.

El ramal de la burra se rehoga en calentamientos por la humedad de las nieves derretidas con el hálito doble y vaporoso de los belfos.

El rastro de pies y patas queda fundido en señalado reguero que, poco a poco, se alisará con la renieve que cae.

Porque ¡a hoy! Al día de hoy, le ha tocado soportar la nevada.

Con las luces del día y el empujón decidido del instinto de la burra no pueden desatinar ninguno de los dos, porque al pastor tampoco le faltan co-nocimientos.

— Aunque esté nevando y camines detrás de una cortina de copos, por las piedras, por los árboles, por los montones de nieve y por los ventisqueros, sabes por dónde vas. Y, más o menos, el resplandor responde al camino del sol. Con esto te bastas..., deduces el camino... y más si la burra va delante...

Descargó los ramones en la corraliza y se arremolinaron las ovejas mordisqueando la hoja según los colgaba de los ganchos clavados en los postes, y de las estacas de las paredes.

La nieve respetaba el calor del interior.

El pastor se sintió sonriente y acariciado, al roce lanudo de las ovejas que le impedían caminar y le abrazaban con la amplitud del hatajo, porque entre todas le apretujaban y sobaban sus piernas recalentándolas, y el sirle fermentado soltaba vapores tibios que templaban sus pies.

Hoy, la nieve, al caer, hasta cálida está resultando.